

# EL DISCURSO EN EL ANÁLISIS LINGÜÍSTICO<sup>1</sup>

ENRIQUE DEL TESO MARTÍN  
Universidad de Oviedo

## I. RETOS Y MALOS SÍNTOMAS

Con el discurso nos puede pasar como le pasaba a S. Agustín con el concepto de tiempo. Si no nos lo preguntan todos sabemos lo que es, pero si nos lo preguntan puede que no lo sepamos. Evitemos, pues, preguntárnoslo de momento y asumamos que el discurso es lo que todos sabemos que es. No vamos a intentar aquí un apresurado abecé del análisis del discurso. Los conocedores de esta disciplina notarán enseguida la ausencia de algunos temas. Lo que nos interesará en estas próximas líneas es la integración del análisis discursivo en la teoría lingüística. Esto mismo se puede decir con palabras más sencillas: lo que nos interesará es poner un poco de orden para que podamos hablar relevantemente del discurso reconociéndonos como lingüistas y reteniendo el rigor con el que sentimos que opera nuestra ciencia. El análisis discursivo es una disciplina en la que es fácil encadenar pasos en falso sin caerse y seguir caminos a la postre estériles sin que nada nos haya detenido a su debido tiempo.

Pensemos en un ejemplo. Hace unos años apareció en revistas un anuncio gráfico del producto llamado *Post-it*, esos papelitos amarillos adhesivos que usamos para dejar notas rápidas. En la viñeta se ve una de esas campanas de cristal que se usan para guardar quesos. La campana está abierta y en el lugar del queso hay sólo unas migas. Justo al lado hay un ratón con la barriga pronunciada durmiendo con satisfacción. En la campana aparece un

---

<sup>1</sup> Este artículo se escribió como parte del proyecto PB98-0707 «Gramática e interpretación en la teoría de la relevancia».

*post-it* que dice: «Acuérdate de cerrar la quesera para que los ratones no vengan al queso». Aparte de su mensaje principal, este anuncio indica cuál es el universo al que se dirige. No está dicho en ninguna parte pero sabemos qué relación hay entre emisor y receptor: son un matrimonio. Sabemos quién es el emisor y quién el receptor: la nota la deja la mujer y el varón es su receptor. Sabemos algo de sus ocupaciones: ambos trabajan fuera de casa. Incluso sabemos su edad: tienen treinta y tantos años. Aunque nada de esto está dicho, cualquier lector lo entiende así y lógicamente debe haber mecanismos comprensibles que establezcan en la mente del receptor ese tipo de supuestos. Nadie dudaría que una teoría del discurso debe considerar este tipo de mecanismos y este tipo de actos comunicativos como interno a sus intereses. Si pensamos en la herramienta teórica que necesitamos para razonar lo que sucede en un ejemplo así, podríamos suponer, por ejemplo, que son relevantes nociones sociológicas de sexo con las que poder describir los roles que se establecen en un matrimonio. También podríamos necesitar análisis psicológicos y sociológicos relacionados con la edad y el desarrollo, para poder definir los indicios que sitúan ciertos comportamientos en una generación y no otra. Pero cambiemos de ejemplo. Un anuncio de colonia masculina se narra de una manera que nos parece rápida y vigorosa. Observamos que la rapidez se consigue introduciendo muchos planos por unidad de tiempo. Estamos acostumbrados a que las narraciones literarias tengan también un tempo variable y a que su mayor o menor rapidez tenga algo que ver con el contenido del pasaje. Ahora podemos suponer que la teoría del discurso necesita establecer conceptos con los que tratar de la rapidez y la lentitud. Si cambiamos de ejemplo, podemos necesitar conceptos que aludan a personajes, espacio o premisas. En otros ejemplos, nos gustaría hablar de algo que tuviera que ver con la frustración; o, por qué no, del «apego» de los budistas. Cada ejemplo reclama sus herramientas y el conjunto que resulta parece siempre adecuado a los hechos, pero demasiado revuelto y demasiado ligado a los intereses y a la observación del analista de turno.

Si dijéramos que las teorías y metodologías del análisis del discurso son muy variadas, que no hay una *communis doctrina* establecida al respecto y que el panorama es desordenado y hasta confuso, no estaríamos diciendo nada que no hayamos experimentado ya tantas veces. También los modelos gramaticales son muchos y dispersos. No es esto lo que hace revuelto el panorama. Lo inquietante en el análisis del discurso es lo fácil que es que cada uno pueda desarrollar su estudio, según las pautas que mejor le parezca o

mejor convengan al ejemplo que decidió estudiar, sin que sea necesario discrepar de los métodos de los demás. Un generativista no puede hacer sus análisis generativistas sin asumir algún tipo de impugnación de las tesis estructuralistas. No puede, por ejemplo, colocar un artículo como especificador de un nombre en el árbol de constituyentes, y a la vez no tener nada en contra del principio y práctica estructuralista de que sólo los signos autónomos puedan asumir funciones sintácticas. Si cada uno explica por qué hace el análisis como lo hace, en algún momento tiene que haber algún desacuerdo de principio. El análisis del discurso parece ser más acogedor. Programas muy distintos en el estudio del discurso y el texto parecen poder desarrollarse sin negarse, como si simplemente fueran tareas distintas. Aquí estudiamos roles de sexo porque lo reclama el ejemplo y, seguramente, la formación (o la falta de ella) e intereses de quien hace el trabajo. Allí estudiamos el tabú y el estándar vital de clase media porque lo reclama el caso considerado y la sensibilidad elegida por otro estudioso. Y esto no es complementarse. Esto es un mal síntoma. Si tuviéramos que hablar con tosquedad, diríamos que eso es síntoma de no estar diciendo nada, en términos científicos. Si hablamos con un poco más de finura, debemos decir que es síntoma de falta de método, en el sentido gnoseológico del término; es síntoma de que se dicen muchas cosas que empiezan y terminan en sí mismas y que no llegan a integrarse en un cuerpo científico. La irrelevancia, más que el error de bulto, es el enemigo que acecha.

El problema es la manera en que operan la conjetura y la contrastación en estructuras potencialmente tan amplias como los discursos. Hay momentos del análisis lingüístico en que la contrastación con los hechos es relativamente severa. En fonología o gramática, por ejemplo, no podemos hablar mucho tiempo antes de que los hechos den de paso algunas conjeturas y refuten muchas otras. Se ve relativamente pronto el conjunto de hechos que deben ser explicados y se intuye con rapidez el nivel de generalización y de economía de un teorema o una definición que se esté elaborando. Pero en el análisis del discurso se necesitan segmentos más amplios de teoría y más cantidad de análisis, antes de que los hechos empiecen a ser jueces útiles que nos hagan ver el alcance de las hipótesis. Añadamos a esto que el discurso, como crisol que es de tantas cosas, puede ser sentido como objeto de estudio de disciplinas muy diversas con fines muy dispares. El resultado es un desorden que pide cautela en los procedimientos.

Nuestra disciplina es la lingüística y, si queremos llevar la lingüística al discurso y el discurso a nuestro entendimiento científico, debemos avanzar

desde la lingüística ordinaria con pasos medidos y asegurándonos siempre una adaptación apacible de los nuevos elementos. Para cualquier persona formada en la lingüística canónica, el avance hacia el discurso debe ser sentido como el ascenso a las altas cumbres. No lo digo ahora por lo pausado. A ciertas alturas hay problemas de falta de oxígeno y baja presión. Los montañeros sólo pueden llegar a alturas de 8.000 metros dosificando subidas y bajadas: se sube hasta los 6.000 metros y se baja a los 5.000 para dejar que el cuerpo se adapte a la situación; se repite la subida, esta vez un poco más arriba, y se vuelve a bajar. Así, a tirones, van ganando altura con el cuerpo adaptado a la presión y al oxígeno. En nuestro caso, a medida que ascendamos hacia el texto y las grandes unidades discursivas, empezarán a aparecer nuevos protagonistas, como es el caso obvio de la situación y el contexto. Muchas veces habrá que descender antes de seguir escalando. Los niveles de análisis que iban quedando atrás y sobre los que nos aupábamos al discurso, eminentemente la gramática y la semántica, se verán afectados por lo que vimos en nuestra anterior ascensión. Los desafíos que tuvimos que afrontar nos darán nuevas perspectivas sobre los tiempos verbales, los deícticos o la naturaleza del significado. A esos temas retornamos antes de seguir más arriba. Con la gramática y la semántica debidamente impactada y con una digestión saludable de las pautas recién llegadas, hacemos un nuevo basamento sobre el que volver a ascender, esta vez un poco más lejos, hacia unidades un poco mayores. Es la manera en que nuestro viaje se hace con una teoría lingüística siempre forzada pero siempre adaptada a los nuevos territorios, sin saltos abruptos y sin desmembramientos metodológicos.

## II. ALGUNAS DEUDAS GNOSEOLÓGICAS

### 2.1. *El todo y las partes*

Quiero empezar por insistir en la conveniencia de iniciar el análisis de las grandes estructuras a partir de los conocimientos acumulados en las estructuras oracionales menores. Y esto no es una insistencia metodológicamente inocente. La manera en que la ciencia, y específicamente la ciencia cognitiva, vino entendiendo la relación entre las grandes estructuras y las pequeñas cosas componentes fue variando.

Durante unos años el pensamiento dominante en las ciencias sociales y humanas era que el conocimiento del todo preexistía al conocimiento de las partes y el análisis había de empezar por las grandes estructuras. El mundo de las pequeñas cosas era un mundo caótico donde no se podían encontrar principios que explicasen los fenómenos de conjunto. Es el paradigma de la psicología de la *Gestalt*, los años en que Köhler y Koffka mostraban, a partir de ciertas experiencias visuales del movimiento, que en la percepción humana no había una relación biunívoca entre sensaciones y estímulos físicos. Había fenómenos que sólo podían entenderse como efectos del conjunto y no eran explicables examinando las reacciones sensibles por separado. Es también el paradigma de la teoría general de sistemas desarrollada por Bertalanffy y del estructuralismo europeo clásico tan espléndidamente teorizado para el lenguaje por Hjelmslev. Es el momento en que el todo es algo más que la suma de las partes.

Pero este principio se fue socavando poco a poco e independientemente en distintos programas de investigación y de forma no simultánea en el tiempo. Jacques Monod se refería a la teoría general de sistemas como un Ave Fénix que resurgía cada cierto tiempo de sus cenizas para llenar de vaguedades a la biología. En esta ciencia, la biología molecular y la genética, el estudio de lo muy pequeño, se fueron entronizando y enseguida tuvieron todas las llaves del mundo orgánico. En los mismos años en que los teóricos de la *Gestalt* hacían sus experimentos, la mecánica cuántica, el estudio de lo más pequeño, se iba desarrollando e iniciaba el proceso que la iría convirtiendo para la física en algo parecido a lo que es la Constitución para nuestro sistema jurídico. En las ciencias se va generalizando la convicción de que son las propiedades de los componentes mínimos las que determinan y hacen predecible lo que ocurre a gran escala. El principio de que el análisis de las partes no permite entender el todo, porque este siempre tiene algo más que no estaba planteado en niveles inferiores, parece atribuir un misterio inexplicable a ese «algo más», a esas extrañas propiedades que el todo se saca de la manga y que no se podían conjeturar en el examen de sus componentes menores, como una magia de la que había que desprenderse. En los estudios del lenguaje este paradigma se manifiesta por ejemplo en el modelo de principios y parámetros chomskyano, que coloca el peso explicativo claramente en el léxico, en los ladrillos de las frases.

Y en este movimiento de vaivén no podía faltar la correspondiente reacción, que en las ciencias cognitivas viene de la mano de los modelos conexionistas y de los modelos basados en los sistemas dinámicos. Antes que

ellos, los matemáticos ya se habían ocupado de describir y calcular la evolución de sistemas cuyas partes mantienen relaciones no lineales, es decir, de variables cuyos valores no tienen una relación matemática constante en el tiempo. Los sistemas caóticos, las redes conexionistas y los sistemas dinámicos tienen en común la atención a las llamadas propiedades emergentes que presentan muchos sistemas de elementos. La palabra «emergencia» y sus derivados marcan la nueva sensibilidad. Muchos elementos relacionándose de manera simple y con sencillez forman a veces un conjunto con propiedades insospechadas, relacionadas de manera no lineal con sus factores. No estamos exactamente ante la reedición de aquellas totalidades que eran «algo más» que la suma de las partes. Ahora hablamos de totalidades que se organizan por sí mismas sin ningún tipo de mecanismo central y sin jerarquía. Estamos ante propiedades asociadas con las llamadas variables incontroladas, porque no se pueden modificar por la manipulación directa de parámetros individuales, como es el caso de los atascos de tráfico que van en sentido opuesto a la marcha de los vehículos, o como es el caso del atractivo que podemos sentir por una persona. El caso es que volvemos a tener conjuntos que no se dejan entender por el conocimiento que tengamos sobre sus elementos. Saquemos ya conclusiones de este paréntesis mirando el aspecto de los termiteros según la noticia que nos brindan Resnick y Clark.

Los termiteros presentan algunas veces altas columnas terminadas en arcos. Cada termita coloca su pelota de barro encima de otras pelotas para ir formando las columnas. En la parte más alta de dos columnas cercanas, van abandonando la vertical describiendo una curva con el material y dirigiendo una columna hacia otra, hasta que las cierran con un arco. Pero evidentemente ninguno sabe nada de lo que está haciendo. No hay jefes ni órdenes en ninguna parte, ni siquiera órdenes genéticas. Los termites no tienen ningún instinto que les haga buscar columnas con arcos. Su comportamiento se reduce a hacer pelotas de barro y depositarlas donde caigan, salvo que perciban un cierto reclamo químico. Si tal sucede, deberán depositar la pelota en el punto del que proceda el reclamo. El reclamo en cuestión es una señal química que ellos mismos dejan en la pelota de barro, como nosotros dejamos sin querer humedad de sudor en lo que toquemos cuando estamos sudando. No hay más instrucciones, ni más planes, ni más programas. Cada termita deja una pelota al azar y cuando alguno pasa cerca de otra pelota percibirá la señal química y depositará la suya encima, con lo que se fortalece la señal y aumenta su atracción sobre otros. Muchos termites apilando

barro de esta manera, inevitablemente darán lugar a columnas que estarán cerca unas de otras. A medida que las columnas se hacen más altas, su reclamo químico es mayor y habrá un momento en que se mezclarán ambos reclamos. Aunque no sea el caso, imaginemos por un momento que el reclamo químico fuera un olor. Cuando las columnas son muy grandes, sería inevitable que a una columna llegara el olor de la más próxima. De esta manera el reclamo en la cara de cada columna que esté más próxima a otra columna será más intenso y empezarán a depositar el barro de cada columna en dirección a la otra, hasta que se acabe de cerrar un arco. El programa que están ejecutando los termites no tiene nada que ver con arcos que emparejan columnas. Una circunferencia se puede describir como el resultado de la rotación de una recta sobre su eje, pero no parece que un arco se deje describir como el resultado de colocar pelotas de barro en cualquier parte o donde haya un reclamo químico. Parece que el programa que siguen las termitas no está diseñado para obtener arcos y que los arcos son una consecuencia colateral de la ejecución de ese programa y por eso se dice que son un fenómeno emergente.

Parece que concentrando el análisis en las pequeñas cosas, no somos capaces de alcanzar la estructura de las grandes cosas. Si todo lo que supiéramos de las termitas fuera lo que hace cada una, no podríamos predecir el aspecto de un termitero. Pero también es cierto que examinando sólo el aspecto global del termitero no podríamos saber lo que realmente hacen las termitas. Haríamos inmediatamente falsas conjeturas. Lo que vemos, los arcos coronando pares de columnas son, con todas las resonancias platónicas del término, meras apariencias de lo que realmente está sucediendo, que no es otra cosa que nada ni nadie está construyendo arcos ni hay ninguna actividad ordenada a tal fin. El aspecto global de las grandes cosas oculta los procesos básicos que los fundamentan cuando ese todo global tiene propiedades emergentes.

Así pues, ni el conocimiento de los componentes nos permite entender el conjunto, ni el examen directo del conjunto nos permite entender los componentes. Es evidente la necesidad de hacer interactuar el análisis del todo con el análisis de las partes. Pero decirlo así es demasiado ecuménico, demasiado educado y demasiado evasivo. Ya dijimos antes que el principio de ascender como montañeros hacia las grandes unidades discursivas desde los conocimientos acumulados sobre las pequeñas estructuras oracionales no era un principio inocente.

## 2.2. *Hipótesis ciegas e hipótesis informadas*

El análisis de las grandes estructuras revela propiedades invisibles en niveles de análisis más básicos, por lo que el estudio de los pequeños componentes, en nuestro caso la oración, no pueden agotar el estudio del conjunto, que en nuestro caso es el discurso. Las grandes estructuras, como las estructuras discursivas, los termiteros o los atascos de tráfico, requieren ser explicadas en términos científicos, es decir, requieren algún tipo de análisis que nos revele a qué principios ocultos responden, qué es lo que las causa. Es inevitable que el proceso del conocimiento incluya fases de conjetura e hipótesis y fases de contrastación empírica que depuren las hipótesis inviables. Y esto con independencia de que el científico sea más o menos racionalista (tipo Chomsky) o empirista (tipo Martinet). El racionalista se permitirá a sí mismo segmentos más amplios de teoría sin contrastación con los hechos, es decir, se permitirá apoyar andamios sobre andamios antes de contrastar el conjunto con los hechos. El empirista querrá ver en el mundo una correlación puntual de cada cosa que dice. Pero, si son científicos, ambos conjeturarán y ambos contrastarán. La razón por la que creo que no se pueden abordar las grandes estructuras más que a partir del conocimiento de los pequeños componentes es que este conocimiento depura, desde el principio, un gran número de hipótesis para comprender causalmente lo que sucede a gran escala. Es cierto que en totalidades donde haya fenómenos emergentes, y el discurso es una de ellas, para comprender el conjunto se requerirán hipótesis y principios que no pueden haber sido planteados en niveles menores de análisis. Pero sin el conocimiento de estos niveles menores, habría una gran cantidad de hipótesis disparatadas que parecerían congruentes con los hechos, por lo que las hipótesis y los métodos se podrían multiplicar gratuitamente sin que haya un juez solvente que nos oriente. Si empezamos por las grandes cosas, ¿por qué no pensar que las termitas tienen una representación innata, codificada genéticamente, de los arcos y las columnas? ¿Por qué no pensar en termites líderes que proyectan la construcción y ordenan a los demás lo que han de hacer? ¿Por qué no pasar de ahí a suponer que es una especie comunicativa? Se podrían hacer muchas conjeturas despistadas por no saber lo que realmente está haciendo cada termita. La psicología cognitiva estableció hace ya tiempo tres formas básicas de aprender. Una de ellas es aprender a ciegas, sin datos previos, inhibiendo los tanteos que nos alejen del propósito y reforzando los que nos

acerquen; es el famoso ensayo-error y es lo que hacemos si tenemos que arreglar un motor sin saber nada de motores. Hay muy pocas cosas que aprendemos así. Otra forma es tener un conocimiento o una destreza previa tan abrumadora que no sea necesario ningún tanteo: desde el principio sabemos hacer el movimiento correcto para el propósito emprendido. Es lo que sucede cuando un dibujante o un músico profesionales intentan ejecutar un trazo o una melodía no ejecutadas antes. Y una tercera forma de aprender es la intermedia entre estas dos: debemos tantear, pero tenemos datos previos que limitan mucho el espacio de incertidumbre que se resuelve por ensayo-error. Cuando queremos ajustar bien una emisora de radio, tanteamos con el mando de ajuste, pero ya sabemos qué aparato hay que manipular y qué rueda hay que girar, por lo que el tanteo se mueve en un espacio muy limitado.

Las hipótesis son en las ciencias el momento de tanteo y ensayo. Como en los procesos de aprendizaje, pocas veces se llega lejos cuando se hacen tanteos sin conocimientos previos o con supuestos gratuitos, confiando en que la contrastación con los hechos irá acercándonos al conocimiento por ensayo-error. La suerte puede ayudar, pero, como reclamaba Pasteur, sólo a las mentes preparadas. El conocimiento de lo que ocurre con una frase o de lo que hace una termita no sirve para comprender cabalmente el discurso ni lo que vemos en un termitero. Pero sí constituye ese conocimiento previo que impide la elaboración ciega de hipótesis. El conocimiento fundamentado de los componentes básicos crea un aparato crítico que depura con fuerza las conjeturas y líneas que se pueden trazar en las unidades mayores. Sabiendo lo que hace cada termita, sabiendo que no tienen jerarquía entre sí, que actúa cada uno en solitario, que su programa innato es muy simple, tendremos que añadir explicaciones para comprender por qué esas galerías con arcos. Pero serán explicaciones que tienen la condición previa de ajustarse a lo que sabemos de la actuación de cada pequeña termita, como los movimientos de tanteo para ajustar una emisora tienen que atenerse a los datos previos que tenemos del mando que hay que mover y la zona del dial en que hay que buscar. El análisis del discurso requerirá un lenguaje añadido al que empleamos en el análisis oracional, nuevos conceptos y nuevos supuestos. Pero no los elaboraremos a ciegas, sino en estricta congruencia con el saber acumulado en las unidades oracionales, lo que impedirá desde el principio análisis y supuestos despistados.

### 2.3. *Realismo evolutivo*

Seguramente empezar por abajo, por la oración, tiene también su fundamento histórico. El lenguaje no existió siempre y la mente y cerebro que lo hacen posible tampoco. La estructura básica del lenguaje es la que tenía en origen y surge de las circunstancias y finalidades que cumplía en ese origen. En origen no se escribían novelas ni se daban conferencias. Aunque sin duda se contaban historias, en el comienzo básicamente se dialogaba y se realizaban intervenciones cortas e interactivas. Si con la herramienta apta para eso fuimos después capaces de elaborar discursos más complejos y servir a fines socialmente más amplios y ambiciosos, no es porque complicáramos la estructura básica del lenguaje hasta convertirlo en una cosa distinta. Lo que hicimos fue aprender a utilizar las mismas pautas que empleábamos para formar y entender nuestras cortas intervenciones en secuencias sucesivamente más complejas. No parece realista imaginar que el código que empleamos fue desarrollando nuevos niveles de estructuración añadidos al fonológico, gramatical y léxico. Es casi seguro que las características estructurales de las lenguas están muy vinculadas al soporte biológico y cognitivo que constituye nuestra mente – cerebro. Esto es algo que sostienen tanto los trabajos innatistas, por razones obvias, como los trabajos más recientes que impugnan a los anteriores y que sostienen que el lenguaje es una innovación cultural seleccionada por las características cognitivas de los niños. Los primeros dirán que alguna parte de nuestro cerebro está moldeada para procesar el lenguaje; los segundos dirán que es el lenguaje lo que se moldeó para ser procesado por nuestro cerebro. No nos interesa entrar en esto ahora. Sólo nos interesa subrayar que, por distintas razones, los innatistas, los que creen que el lenguaje se aprende y los que creen que el lenguaje no es innato ni aprendido sino ligado al desarrollo del individuo, todos ellos, piensan que la estructura y los niveles de estructuración del lenguaje están fuertemente condicionados por la estructura biológica de nuestra mente. La manera más probable en que podría haber cambiado el diseño estructural de las lenguas es que hubiera cambiado el soporte biológico cognitivo al que parecen estar asociadas y sabemos que eso no ocurrió. Por eso es preferible evitar el planteamiento de partida de van Dijk y cuantos piensan que el discurso representa un nivel superior de estructuración, con sus propias reglas o macrorreglas, igual que la oración se estructura con las suyas. La oración, el enunciado o como quiera llamarse es el límite su-

perior que estructuran nuestros códigos, tal como era en el origen del lenguaje. Las unidades supraoracionales son de otra naturaleza y su unidad y pautas de interpretación no dependen de ninguna operación de codificación y descodificación.

### III. GRAMÁTICA Y SEMÁNTICA

#### 3.1. *Preferencia inicial de la semántica*

Todo esto nos lleva a insistir en lo que ya quedó apuntado. Los componentes menores, es decir, los enunciados, han de ser el punto de partida. Debemos utilizar los conocimientos sobre el funcionamiento de la oración como primera herramienta de acceso al discurso.

Y en el enunciado, es decir, en el campo de estudio habitual de la lingüística más habitual, lo que tenemos básicamente son dos territorios. Uno es el territorio de la fonología y otro el de la gramática. Y hay también una semántica, pero deambula por el territorio de la gramática: ciertamente, es la gramática la que fija las unidades y los espacios en los que hay semántica y referencia al mundo exterior. Las palabras y las combinaciones de palabras son las entidades lingüísticas que pueden referirse a individuos particulares, a clases de individuos y a verdades o eventos. Pero, como digo, es la gramática la que fija lo que son las palabras, las combinaciones de palabras y las posiciones estructurales en que unas palabras pueden predicar propiedades de lo que dicen otras palabras, restringir su alcance referencial o modificar su valor intensional, por ejemplo. Por eso digo que la gramática es una especie de territorio por el que circulan mercancías de las que muchas veces se ocupa la semántica. La primera impresión que nos dan la gramática y la semántica, antes de escalar más arriba, es relativamente hermética. La gramática explica los procedimientos formales que determinan la buena formación de frases y oraciones, es decir, los principios estructurales que permiten combinar palabras en cadenas interpretables y bien formadas. La semántica, en principio, difícilmente puede ser algo muy distinto de lo que reclama la semántica formal: es el nivel de análisis que explica cómo se asocian las expresiones lingüísticas, simples o complejas, con los hechos del mundo. Parece inevitable que el primer acercamiento a la semántica de-

ba ser de tipo veritativo-condicional. Asociar expresiones lingüísticas con eventos y conjuntos de eventos del mundo no es otra cosa que establecer las condiciones de verdad de las expresiones lingüísticas.

A simple vista, parece que la semántica, más que la gramática, habrá de ser la herramienta que mejor nos ayude a entender lo que sucede a escala textual. Tomemos esto, por supuesto, como una afirmación provisional guiada por el paisaje según va apareciendo en el viaje. Hay elementos y mecanismos gramaticales que, sin duda, apuntan a bloques más amplios que el enunciado. Pero se trata siempre de procedimientos de corto alcance. Algunos de los llamados marcadores discursivos pueden conectar el contenido de un enunciado con el contenido de otro o incluso pueden afectar a series algo mayores, como las que marcamos tipográficamente como párrafos. Pero sólo algo mayores. No hay marcador que pueda conectar el contenido del capítulo veinte de *La Regenta* con el contenido del capítulo uno o que pueda introducir lo dicho en un párrafo como una consecuencia de algo dicho cien páginas antes. La coherencia discursiva se percibe tanto en fragmentos pequeños de varios párrafos, como en textos tan extensos como una novela y no parece razonable suponer que los mecanismos que sostienen esa coherencia sean de distinta naturaleza en uno y otro caso. Si los marcadores discursivos sólo operan en fragmentos relativamente pequeños, parece lógico suponer que esa coherencia característica de los discursos que se da tanto en textos pequeños como grandes no depende inherentemente de estos mecanismos formales. Como decíamos, a simple vista debemos suponer que la esencia del discurso está en algún tipo de relación que se da entre los contenidos de sus partes componentes y, por tanto, nuestra primera mirada debería dirigirse a la semántica.

### 3.2. *Semántica sin gramática: los límites del método*

Pero enseguida notaremos que nos falta ciencia para pasar al análisis discursivo reteniendo el rigor que conseguíamos en el nivel oracional. Como ya apuntamos, los mecanismos semánticos operan en el terreno tejido por la gramática y se mueven por las vetas que esta va trazando. Allí donde no llega la gramática, allí donde no hay posiciones estructurales que condicionen y encaucen relaciones de sentido entre unidades dotadas de significado, la semántica se hace errática y pierde método. La mayoría de los análisis semánticos, implícita o explícitamente, se basan en el principio de

composicionalidad, según el cual el significado de una secuencia compleja ha de ser función de los significados de sus componentes. Más adelante tendremos que rebajar algo el alcance de este principio, pero al menos sí podemos retener que cualquier teoría tiene que postular cierta transparencia semántica entre secuencias complejas y componentes, esto es, que el significado de una frase tenga alguna relación predecible con el significado de las palabras que la integran. Naturalmente, el principio de composicionalidad no puede operar más que en los niveles donde las secuencias complejas estén gramaticalmente estructuradas. Si hablamos de secuencias sin estructura gramatical, ya no hay una manera clara de relacionar el sentido del conjunto con el de las partes. La coherencia discursiva que buscamos habrá de basarse en el contenido de las frases que integran el texto, sin duda, pero necesitaremos algo más que una mera proyección de los análisis semánticos. En todo caso, la gramática y la semántica ciertamente van dejando ya en nuestro equipaje algunos temas que desde el principio sabemos que estarán en primera línea del análisis discursivo: los elementos déicticos, las personas gramaticales, los modos y tiempos verbales, los enlaces extraoracionales y los mecanismos de correferencia, entre otras, son cuestiones estudiadas en estas disciplinas y que claramente tienen que ver con la vertebración de enunciados en discursos. Pero también son cuestiones que claramente necesitan un desarrollo del análisis discursivo para que la gramática y la semántica las puedan completar.

### 3.3. *La pragmática: la introducción metodológica de los sujetos en la comunicación*

Y es que mientras hablemos de semántica y gramática estamos hablando de niveles o zonas del código, pero el discurso, como ya quedó dicho, no es un nivel estructural del código. La gramática y la semántica forman parte del equipaje que necesitamos para llegar al discurso y movernos en él. Pero el puente debemos buscarlo en la pragmática, como enfatizan Yules y Brown entre otros. Difícil será comprender cómo se interpretan y construyen los discursos sin entender bien cómo actúa el contexto y cómo se insertan las unidades lingüísticas en las correspondientes situaciones de habla. Cualquier estudioso de la gramática o de la semántica reclamará que estas disciplinas operaron siempre con el contexto y que no es la pragmática o el análisis del discurso quien trae a los estudios del lenguaje la evidencia de su

importancia. Sin duda esto es cierto. Pero también es cierto que las disciplinas científicas afinan sus herramientas metodológicas y conceptuales sólo con el grado de detalle que necesitan. En uno de sus memorables metáforas, G. Bateson responde a su hija que una caja negra, la famosa caja negra tantas veces citada para hablar de Skinner o Watson, es un límite que nos imponemos en la explicación de las cosas. En algún momento alcanzamos un punto en que seguir detallando explicaciones empieza a no ampliar el conocimiento y a ser un diletantismo que nos saca del estudio emprendido. La gramática y la semántica, como digo, introducen la situación y el contexto, pero colocan su caja negra allí donde los matices dejan de admitir un tratamiento metodológico porque apenas resultan visibles a la escala en que trabajan estas disciplinas. Y lo cierto es que la pragmática y el análisis discursivo tuvieron que abrir esa caja negra, porque el contexto y situación salían demasiado oscuros de los análisis gramaticales y semánticos. Creo que es justo decir que, aun cuando la teoría gramatical haya sido siempre sensible a los factores contextuales, el contexto como tal fue siempre más bien un sobreentendido. Todos sabemos que las emisiones lingüísticas están abrazadas por una serie de circunstancias que afectan a la manera en que las interpretamos. Y hasta ahí llega la precisión sobre lo que es el contexto. La gramática y la semántica tienen en cuenta los factores contextuales y que las expresiones lingüísticas deben anclarse en ellas, pero ni se definen ni se analizan. Y también es justo decir que el contexto se maneja con frecuencia como una verdadera caja negra en el estricto sentido en que lo explica G. Bateson. Normalmente, cuando decimos que algo depende del contexto queremos decir que hasta aquí llegó nuestra capacidad de explicar lo que ocurre.

Hay una buena razón para que haya empezado a hablar de la pragmática, el contexto y la situación. Estoy buscando una manera de hablar del discurso en la que no tenga mayor importancia si estoy hablando de algo tan extenso como *La Regenta* o tan breve como un titular o un enunciado dicho en una conversación. Dijk reclama que entre enunciados y textos haya una relación clara de contenido a continente, que una frase es una frase y que sólo hay texto si acumulamos frases. Yo prefiero pensar que, en lo que a discursos se refiere, el tamaño no importa. Sin duda, hay unidades y niveles discursivos que no podrán percibirse más que en textos de cierta extensión. No es fácil, por ejemplo, que aparezca una estructura argumentativa en un solo enunciado. La propia idea de coherencia implica que haya al menos dos enunciados que puedan ser coherentes o incoherentes. Sin duda, el aná-

lisis discursivo no podrá haber desarrollado todo su corpus teórico más que después de haberse enfrentado a diferentes tipos de texto con diferentes extensiones, donde haya podido aparecer toda la casuística relevante en la comprensión del objeto de estudio. Pero no creo que lo que hace al discurso ser discurso y lo que nos hace estudiar una cierta manifestación comunicativa como una unidad discursiva sea su extensión mayor o menor. Decimos que la pragmática nos abre el camino porque el paso del enunciado al discurso tiene más que ver con el tipo de elementos que se tienen en cuenta en el análisis que con la extensión de las muestras analizadas.

La lingüística dice que cuando un sujeto sabe una lengua lo que sabe hacer son básicamente dos cosas: asociar sin reflexión explícita expresiones con contenidos y emitir juicios intuitivos sobre la gramaticalidad o agramaticalidad de las secuencias que se le proponen. Alguien que sepa inglés, según esto, sabe básicamente qué significan las cosas que se dicen en inglés y sabe además informarnos de si tal o cual expresión se dice o no se dice en esa lengua. Y mientras estemos en el marco de la gramática, la semántica o la fonología, estamos acumulando conocimientos para entender exactamente eso, cómo se asocian expresiones con contenidos. En esta asociación entre expresiones y contenidos es en lo que consisten las dos operaciones asociadas a los códigos, la codificación que hace el hablante y la descodificación que hace el receptor. En esta fase del análisis en que trabajamos con el código y sus unidades tenemos que hacer abstracción, siempre relativa, de los interlocutores y sus situaciones comunicativas. No se trata de postular su inexistencia, sino de ignorar momentáneamente su especificidad. En algún momento debemos pensar en las concordancias o en las relaciones de alcance sin preguntarnos en qué situación o para qué expectativas de qué sujetos. Pero en algún momento también el análisis tendrá que meter en el lenguaje a los interlocutores y las circunstancias de emisión. Ese es el momento de la pragmática y el punto en que empezamos a mirar los enunciados como discursos.

Introducir al sujeto en el proceso de comunicación significa, obviamente, introducir todas aquellas propiedades suyas que intervengan y expliquen ese proceso que protagoniza y que puedan ser eventualmente variables de un sujeto a otro y, en el mismo sujeto, de una situación a otra. Y destacaremos aquí tres de esas propiedades:

- a) La primera es que el hablante dispone de datos. El hablante se enfrenta al acto comunicativo con una serie de datos que su mente representa.

- b) La segunda es que el hablante razona y deduce. La interpretación descansa en una serie de inferencias que realiza el receptor ante las señales que recibe y que habían sido previstas por el emisor.
- c) La tercera es que los sujetos hablantes tienen expectativas. Utilizarán su razonamiento e interpretarán los mensajes en virtud de esas expectativas.

Cada una de las tres tiene matizaciones y reglas que nos ayudarán a entender el juego de la comunicación y nos dejarán a un paso del contexto y la situación.

#### IV. LOS DATOS DE LOS HABLANTES Y SU REPRESENTACIÓN

##### 4.1. *Entornos cognitivos y estados cognitivos: lo que sabemos y lo que tenemos en la cabeza*

Los datos que emplean los hablantes en la comunicación se mueven en dos dimensiones. Una es su conocimiento del mundo (que ya se introduce con todas sus consecuencias en la semántica) y otra es el estado mental en que se halla cuando emite o interpreta un mensaje. La primera recibe, en la terminología de Sperber y Wilson, el nombre de entorno cognitivo y consiste en el conjunto de supuestos que un sujeto tiene asumidos, algo así como su enciclopedia o paisaje mental. La segunda se refiere a lo que técnicamente llamamos estado cognitivo. Una cosa es lo que sabemos y otra distinta lo que tenemos en la cabeza. En cada momento nuestra mente tiene activada una serie limitada y más bien pequeña de supuestos. El estado cognitivo en el que está un sujeto se define por los datos que tiene activados en el momento considerado y la intensidad con que estén activados. Debemos tener en cuenta que nosotros pensamos y razonamos con lo que tenemos en la cabeza, no con lo que tenemos en el disco duro. Los datos que configuran nuestro entorno cognitivo están disponibles para ser activados con más o menos intensidad, pero nuestras deducciones sólo pueden hacerse con datos activos. Nosotros podemos ponernos en cuclillas, pero no desde cualquier posición; si estamos tumbados boca abajo hay que corregir la posición y adquirir una desde la que se pueda hacer el movimiento para estar en cuclillas. De la misma manera, no podemos razonar cualquier cosa

desde cualquier estado cognitivo. A veces hay que activar y desactivar datos y cambiar nuestro perfil cognitivo para enfrentar un cierto razonamiento. Cuando decimos algo a alguien, por tanto, nos entenderá si habla nuestro idioma, que es el factor del que ya se habían ido ocupando la fonología, la gramática y la semántica. Pero además necesitamos que sepa del mundo las cosas necesarias para entender de qué hablamos y también que tenga en la cabeza en el momento en que hablamos las cosas que deben ser tenidas en cuenta a propósito de lo que estamos diciendo. Necesitamos, pues, que su entorno cognitivo sea el necesario y que esté en el estado cognitivo apropiado para las circunstancias. Nuestra capacidad de comunicación descansa en una habilidad notable que tiene nuestra especie y que sólo se manifiesta de manera mucho más elemental en algunos primates. Se trata de la capacidad que tenemos para representar la mente ajena. Sabemos mucho de lo que saben e ignoran los demás. Y sabemos mucho de lo que tienen en mente. Todos nuestros actos sociales tienen como telón de fondo la conjetura que hacemos sobre lo que pueden tener en mente los demás. Esta capacidad, que es casi una compulsión, tiene también su porqué evolutivo, en el que no vamos a entrar. Limitémonos sólo a dejar constancia de su singularidad. Así que podemos invertir lo que dijimos hace un momento. Nuestro interlocutor nos entenderá cuando le decimos algo si lo decimos en un idioma que entienda y si explicitamos los datos de una manera adecuada para el entorno y el estado cognitivo que conjeturamos en su mente.

#### 4.2. *La mente ajena y los datos mutuamente manifiestos*

En realidad, de los datos que yo comparto con mi interlocutor, sólo son pertinentes para la comunicación aquellos que nos consta que compartimos. Parte de nuestra habilidad para representar la mente ajena consiste en representar lo que esa mente ajena tiene representado de la nuestra. Sperber y Wilson llaman datos mutuamente manifiestos a estos que compartimos a sabiendas de que los compartimos y que forman además la parte de nuestra mente que sabemos que es accesible para los demás.

No es un mero trabalenguas. Comunicar algo a alguien no es otra cosa que hacer mutuamente manifiestos datos que no lo eran. Y esto es algo más que un mero flujo de información. Yo puedo estar dando inadvertidamente indicios de que soy del Norte, de que estoy alegre o de que tengo hambre y no tener constancia de que mi audiencia esté obteniendo tales datos de mí.

Esto sucede muchas veces entre humanos y en el mundo animal. Pero el hecho de que los datos se puedan hacer mutuamente manifiestos entre dos o más individuos es un paso más e incide en el comportamiento colectivo de una manera similar a como incide en el comportamiento individual la autoconciencia, como si la conciencia de cada uno abarcara la mente y actos propios junto con la mente y actos ajenos. Por eso creo que todo lo que se parezca a la comunicación sin serlo es siempre cualitativamente distinto de la comunicación. Y por eso creo también que no hay comunicación propiamente dicha en el mundo animal, lo que incide en el hecho de que ninguna generación progrese con respecto a la anterior.

Debemos fijarnos en que nuestros estados cognitivos tienden a nivelarse y, por tanto, nuestras mentes tienden a representar con más intensidad aquello que es mutuamente manifiesto. Si mi Rector me hubiera dicho por la mañana que nos doblarían el salario a todos los profesores de la Universidad de Oviedo, sin duda sería el dato más importante que hubiera recibido hoy. Pero ahora mismo no lo tendría activado con intensidad. La razón es que mi audiencia desconocería ese supuesto. Esa noticia estaría en la zona de mi mente que no es accesible para mi audiencia y, no siendo mutuamente manifiesto, por importante que sea para mí, es irrelevante en mi relación social actual. Estamos condicionados para interactuar competentemente en nuestras relaciones sociales y nuestra mente tiende a activar aquello que nos consta que los demás saben de nosotros. De hecho, cuando esto no ocurre y mantenemos activos datos que no son mutuamente manifiestos, damos la sensación de estar despistados o en otra parte.

## V. LAS INFERENCIAS DE LOS HABLANTES

### 5.1. *La inferencia en la comunicación*

El trabajo del receptor consiste en representar correctamente el propósito del emisor. Si doy una conferencia que debe acabar a las dos de la tarde y en un momento dado el presidente de la mesa me dice que son las dos de la tarde, no bastará con que capte la idea significada por esas palabras. La interpretación que yo debo hacer es la que responda a las preguntas «¿con qué propósito acaba el emisor de colocar en mi mente la idea codificada por

esas palabras? ¿Qué tiene que ver conmigo el que me las haya dicho en las presentes circunstancias?» Del significado de sus palabras, de la conjetura que hago sobre su estado cognitivo y de la conjetura que hago sobre lo que él tendrá conjeturado del mío, deduzco, en el sentido propio de esta palabra, que me pide que vaya terminando mi charla. Esta información que obtengo inferencialmente y que se añade a la información semántica es lo que solemos llamar información implícita, o implicatura cuando se trata del lenguaje. Pero esta tarea deductiva la hacemos incluso cuando no hay información implícita. Cuando alguien me dice que son las dos y sólo quiere decirme que son las dos sin más añadidos, yo tendré que deducir por los datos disponibles que eso era todo lo que me quería decir. La actividad inferencial está siempre presente en la comunicación.

## 5.2. *El razonamiento espontáneo*

Pero en la comunicación ordinaria no intervienen los procesos cognitivos explícitos, plenamente conscientes y secuenciales. Interviene el pensamiento intuitivo, rutinario, casi automático y no explícito. Y este es un tipo de pensamiento que tiene sus propias reglas. Conviene tenerlas en cuenta porque son las que aplica el receptor en la interpretación y anticipa el emisor en la construcción de sus frases.

En términos generales, el razonamiento intuitivo sigue patrones lógicos, pero con estas tres condiciones principales. La primera, de poco interés para nosotros, es que el razonamiento intuitivo nunca hace deducciones que incorporen supuestos nuevos en la conclusión, del tipo A, luego AvB. La segunda tiene mucho interés para la comunicación. Nunca razonamos intuitivamente borrando u obviando los supuestos más accesibles o más activados del estado cognitivo en el que estemos. Si la lógica nos obliga a eliminar de la deducción lo más intenso que tengamos en la cabeza, abandonaremos la lógica. Razonamos como ateniéndonos a la siguiente consigna: «si tengo tal supuesto activo en la mente en estas circunstancias es que es relevante y no debo razonar sin incluirlo». Seguramente nos va bien así y casi siempre es verdad que lo que tenemos en mente es lo apropiado. Esto quiere decir que el estado cognitivo es el que determina los recursos computacionales con los que pensamos intuitivamente. Así por ejemplo, lo que hacemos en los discursos persuasivos, cuando lo hacemos bien, es activar y desactivar datos en la mente del receptor con nuestras palabras, hasta ponerlo en el estado

cognitivo que aceptará la tesis que pretendemos. La tercera condición es que tendemos a razonar espontáneamente sobre prototipos. Esto quiere decir que espontáneamente no pensamos sobre la esencia de las cosas. Nuestro razonamiento intuitivo no es aristotélico. Nuestro pensamiento se nutre de las propiedades que en menor número permitan la máxima discriminación. De las vacas retendremos más los cuernos que los ojos. Si yo diera una conferencia con un kilo de naranjas sobre la mesa, aunque el detalle fuera irrelevante para el caso, en el recuerdo de la audiencia yo sería el ponente de las naranjas. Es evidente que en la comunicación no interviene más pensamiento que el espontáneo y, por tanto, a estas condiciones se atiene nuestro proceso interpretativo.

## VI. LAS EXPECTATIVAS DE LOS HABLANTES

Además de tener datos y de deducir, los hablantes que la pragmática introduce en el acto comunicativo tienen expectativas y presunciones, que son el mecanismo que mueve en una dirección u otra la actividad inferencial del sujeto y, por tanto, su tarea interpretativa. La expectativa de los sujetos hablantes se resume en el principio de relevancia enunciado por Sperber y Wilson, en sustitución de las máximas de Grice. El principio dice que todo mensaje comunica la presunción de su relevancia óptima. Técnicamente se dice que la relevancia de un mensaje consiste en una relación entre sus efectos contextuales y el coste de su procesamiento: cuantos más efectos contextuales con menor coste de procesamiento, más relevancia. El principio de relevancia dice que la interpretación correcta de un mensaje, la que se corresponde con el propósito del emisor, es aquella que haga más relevante el mensaje. En términos más coloquiales podemos decir que los interlocutores tienen un fuerte condicionamiento que les hace asumir que el mensaje transmite necesariamente una información que ha de venir a propósito de algo que sea fácil tener en mente en el momento de habla. Guiados por ese supuesto, los hablantes deducen cuanto sea necesario para que el mensaje del emisor se ajuste a la relevancia esperada.

## VII. EL CONTEXTO

7.1. *Supuestos contextuales*

Así pues, en el terreno que nos habían construido la fonología, la gramática y la semántica, tenemos ahora introducidos unos sujetos hablantes con datos en su mente, con un pensamiento intuitivo y con una expectativa de relevancia para guiarlo. Como es lógico, si los sujetos son capaces de adivinar lo que tiene en mente el otro y si son capaces de deducir información implícita es porque manejan más datos de los que codifican las palabras, esto es, porque hay una situación y un contexto. Distinguiremos aquí una cosa de la otra en el sentido indicado por Sperber y Wilson. El contexto no es una masa oceánica de datos que compartimos los interlocutores. Es sólo el pequeño conjunto de datos que se hace intervenir en la deducción que comporta una interpretación. Si en la conferencia del ejemplo de antes el presidente me dice que son las dos de la tarde, sólo forman parte del contexto los datos que sea necesario tener en cuenta para comprender que quiere que vaya terminando la conferencia. Obviamente, sólo podemos contextualizar el mensaje a partir del momento en que lo recibimos, no antes. El contexto no es anterior al mensaje, sino que se activa en las operaciones que el receptor hace sobre el mensaje recibido. Contextualizar un mensaje es de hecho la esencia de su interpretación, pues la interpretación no es otra cosa que componer los datos recién llegados con otros datos en un nuevo conjunto. Y, como es lógico, la interpretación no puede preceder a la recepción del mensaje. Según esto, el contexto va cambiando con cada frase, pues cada idea codificada irá requiriendo que se active el correspondiente marco de supuestos en el que cobre sentido. Esto no quiere decir que el contexto que se active para interpretar una frase no tenga nada que ver con el contexto de la frase siguiente ni el de la anterior. Pero esto es ya hablar abiertamente del discurso y aún debemos expresar algo más a los enunciados.

No puede ser parte del contexto cualquier dato que tengamos en nuestra enciclopedia mental. Sólo algunos son susceptibles de ser datos contextuales y esa bolsa de datos varía continuamente según la situación y según se van encadenando las palabras. Sólo pueden ser datos contextuales los que cumplan al menos las siguientes características:

- a) Han de ser supuestos mutuamente manifiestos. Deben ser compartidos con conciencia de que se comparten.
- b) Han de ser datos cognitivamente accesibles, es decir, deben tener cierta activación en el estado cognitivo. Sólo pueden ser contextuales datos en los que sea fácil pensar en un momento dado.
- c) Su accesibilidad debe ser mutuamente manifiesta. Además de ser datos activos, ha de constar a cada uno que su interlocutor tiene esos supuestos en mente.
- d) Han de ser irrelevantes como motivo de comunicación. Lo que es contexto nunca es la intención comunicativa del emisor.

## 7.2. *Restricciones contextuales*

El emisor muchas veces facilita la tarea de contextualización del receptor y a la vez se asegura de que active el contexto correcto. Lo que hace es enviar una señal que restringe la bolsa de datos susceptibles de ser contexto, como si le anticipara con respecto a qué ha de ser relevante lo que diga a continuación. Si un hablante señalara con su mano una lámpara que estuviera en el techo e hiciera a su audiencia mirar para ella, sus interlocutores tendrían la expectativa de que lo siguiente que diga será a propósito de esa lámpara. Lo que hace el emisor es indicar al receptor que el contexto de las siguientes palabras debe salir del restringido ámbito de datos relacionados con la lámpara. Diremos que la información que se hace patente por una señal de este tipo es una restricción contextual o, lo que es lo mismo, una activación de contexto. Debemos retener este concepto por la importancia que tendrá en la determinación del concepto de tema de discurso y por su relación con el marco del tema del que hablan Yules y Brown. Una buena parte de los gestos con que acompañamos nuestras palabras sirven para crear restricciones contextuales. Y por supuesto creamos estas restricciones también con las palabras a distintas escalas. El tema del enunciado, opuesto al rema, las partes de los textos o de las películas que percibimos como introductorias y donde todavía no ocurrió o no se dijo nada importante cumplen este papel de restricción contextual.

Así pues, las palabras del emisor y el gesto que comportan sirven o bien para aportar información relevante o bien para activar el contexto de la información relevante. Como debemos pensar en secuencias de extensión muy variable, podemos hacer la siguiente síntesis. Ante un segmento significativo cualquiera, podemos estar ante tres situaciones:

- a) El segmento es portador de información relevante.
- b) El segmento no es portador de información relevante porque es parte de un segmento mayor y la relevancia está en la información de conjunto de ese segmento mayor.
- c) El segmento es portador de información irrelevante y es mutuamente manifiesta su irrelevancia. Introduce entonces una restricción contextual o, si se quiere, aquello con respecto a lo cual ha de ser relevante lo que siga.

## VIII. LA SITUACIÓN DE DISCURSO

### 8.1. *Situación y estados cognitivos*

El enunciado que nos habían dejado la fonología, la gramática y semántica, y que se había incrementado con la introducción de los datos, inferencias y expectativas de los hablantes, tiene ahora contexto y todas las vicisitudes del contexto. Pero las piezas no encajan aún si no introducimos la situación. Lo que llamaremos situación es similar a lo que muchas veces se llama contexto, pero de alguna manera hay que diferenciar las cosas que son distintas. Vimos que el estado cognitivo condiciona el contexto. No puede formar parte del contexto un dato que no sea fácil de activar en el momento considerado y eso supone que tiene ya cierta activación en el estado cognitivo. La situación es precisamente el conjunto de factores que condiciona el estado cognitivo, es decir, lo que tenemos más o menos activo en la mente. Es una cadena: la situación condiciona el estado cognitivo y este el contexto. Si un hablante tiene acceso a la mente de su audiencia y basa su manera de hablar en el estado mental que les conjetura, no es evidentemente porque tenga habilidades telepáticas. Lo que sabemos hacer muy bien es identificar la situación en que estamos y representar correctamente qué tiene la gente en mente cuando está en un marco determinado. Reconociendo los elementos de la situación, representamos bien el estado cognitivo del interlocutor y conjeturamos correctamente los contextos que puede formar.

## 8.2. *Parámetros de la situación*

La descripción completa de una situación de discurso sí es extensa y el número de situaciones de discurso es, sin duda, muy amplio. Lo bastante amplio como para generar desorden en su tratamiento. Se pueden intentar muchas clasificaciones de las situaciones de discurso. Pero quizá sea más productivo tratarlas a partir de parámetros, es decir, buscar variables cuyos valores sean los criterios de clasificación. Los parámetros han de ser características percibidas por los hablantes que condicionan su manera de hablar y sus pautas de interpretación y de ahí su interés. A continuación presento una lista, necesariamente provisional, de algunos de estos parámetros.

### 8.2.1. *Incertidumbre*

Las situaciones discursivas pueden tener más o menos incertidumbre y esto afecta a la explicitud de los enunciados: a mayor incertidumbre mayor esfuerzo con el idioma y más explicitud. La incertidumbre es mayor si tiramos un dado que si tiramos una moneda; y más si el dado no está trucado que si está trucado para que salga más una de las caras. La incertidumbre es mayor cuando es mayor el número de casos y es también mayor cuando la probabilidad de los casos es más homogénea. Una situación incierta es una situación en que la mente de cada interlocutor es poco transparente para el otro. La incertidumbre depende de tres factores:

- a) Conocimiento mutuo de los interlocutores. Cuando dos sujetos se conocen bien hay una cantidad inusualmente alta de datos mutuamente manifiestos, por lo que se forman contextos muy fácilmente. De ahí que puedan abundar en sobreentendidos.
- b) Grados de libertad. Las situaciones regladas, muy convencionales, hacen bajar la incertidumbre. Aunque no se conozcan los interlocutores, como su comportamiento no es espontáneo, cada uno sabe muy bien los propósitos y expectativas del otro, porque se conocen las reglas a las que obedecen.
- c) Grado de resolución. Cuantos más detalles, diferencias y sutilezas tenga aquello de lo que se habla, mayor será la incertidumbre. Si tiramos un dado al aire, se resuelve más incertidumbre si decimos que salió el cuatro que si decimos que salió cifra par. La primera es una información que responde a un nivel de resolución mayor. Los discursos técnicos presentan esta característica y por eso requieren un uso exigente del código.

### 8.2.2. *Expectativa de relevancia*

El principio de relevancia dice que se presume la relevancia óptima de los mensajes. Pero esto es lo mismo que si necesitamos dinero para comprar algo barato. Esto no nos dice cuánto dinero es ése, porque no será lo mismo un coche barato que un bolígrafo barato. Cuando coincidimos con un vecino en un ascensor, con muy poco conseguimos que la relevancia sea óptima. Si el Presidente de Gobierno se dirige a la nación cortando la programación de todos los canales de televisión, con una bandera nacional detrás de él, la óptima relevancia que se busca consistirá en un impacto informativo muy alto y deduciremos consecuencias de las palabras del Presidente hasta hacerlas decir algo con la alta relevancia esperada. Debe tenerse en cuenta que lo que mueve la actividad deductiva e interpretativa del receptor es la expectativa que tenga. Cuando la expectativa de relevancia es alta, el receptor deducirá más lejos y hará intervenir más supuestos que cuando la expectativa de relevancia es baja. Por otra parte, cuando la expectativa es baja, los sujetos necesitan menos pretexto para comunicarse. Es lo que ocurre, por ejemplo, con la situación que crean los mensajes de los teléfonos móviles.

### 8.2.3. *Diversidad de estatus*

El estatus de una personas es la expectativa de conducta que haya hacia ella. Una persona con estatus es una persona hacia la que se espera un comportamiento diferenciado. Los estatus de los interlocutores definen también la situación de discurso. La casuística es muy variada porque el estatus puede depender de situaciones o ambientes laborales, clase social, sexo, raza, edad y muchos otros condicionantes. En general, cuando tienen distinto estatus los interlocutores, es mayor la expectativa de relevancia apuntada antes en el inferior que en el superior. Hasta tal punto esto es así, que en una reunión quien verdaderamente está ocupado y no disponible es sólo el inferior. Esto significa que el inferior estará más dispuesto a activar más contextos y a hacer deducciones más costosas que el superior. El superior se comunica con más facilidad porque tiene toda la atención de un buen entendedor. Por eso podrá ser sutil, indeterminado o velado en sus intervenciones. El inferior normalmente tendrá que codificar con claridad lo que tenga que decir porque la disposición para deducciones costosas de su interlocutor es más limitada. Supongo que todos tuvimos alguna vez la experiencia de superiores que parecen toscos en la manera de entender lo que se les expone.

#### 8.2.4. *Tabú y eufemismo*

Hay tabú lingüístico cuando el hablante se encuentra en la tensión de tener que referirse a algo y a la vez sentir pérdida de autoestima o de estatus por hacer esa referencia. El tabú lingüístico es mucho más amplio que el tabú cultural general y varía mucho con las situaciones. De ahí que sea un parámetro más de la situación. Una clase o un informativo es una situación mucho más tabuizada que la que tendríamos tomando una cerveza. Cuanto más tabuizada sea la situación más tenderá el emisor a la expresión eufemística y el receptor a incrementar su protagonismo en la concreción de vaguedades. El eufemismo busca precisamente que el receptor sea más activo y forme contextos con un gasto mayor del normal para que la responsabilidad del tabú se diluya entre el emisor y el receptor. Por eso los eufemismos suelen ser secuencias semánticamente más indeterminadas de lo normal.

#### 8.2.5. *Memoria del receptor.*

Cuanta más memoria tenga el receptor, más supuestos pueden afectar a la interpretación de cada frase, porque más supuestos estarán en disposición de ser activados. Un receptor con poca memoria no podrá contextualizar una frase más que con datos muy recientes y muy inmediatos. Naturalmente esta no es una característica de los sujetos sino de la situación y la disposición con que nos enfrentamos a los mensajes. Si leemos una columna de un periódico nuestra memoria es relativamente baja. Podemos decir que lo que no hayamos entendido en la primera lectura es que no estaba dicho. Si leemos un libro de Chomsky, sin embargo, puede ocurrir que lo dicho en una página nos resulte conflictivo con lo dicho doscientas páginas antes. El emisor debe saber que en la situación de un libro técnico, el receptor estudia el texto y en la práctica es una máquina con mucha memoria y muchos datos listos para abrazar cualquier enunciado. El emisor de una columna, sin embargo, tiene derecho a decir que un análisis demasiado sutil de sus palabras las tergiversa.

## IX. CONTEXTO, MENTE EN LÍNEA Y PROGRAMAS INCOMPLETOS

La introducción de los sujetos hablantes, el contexto y la situación crea, como vemos, ese puente entre el enunciado y el discurso. Aunque hablemos de los protagonistas, de la formación de contextos y de la situación a propósito del enunciado estamos en disposición de ampliar a secuencias mayores estos componentes y, sobre todo, tenemos una disciplina a la que atenemos y una raíz a la que ligar los conceptos nuevos que vayamos necesitando. La pragmática y los primeros aires del discurso, sin embargo, aconsejan ese descenso que se necesita para adaptarse antes de seguir escalando más arriba. No tenemos espacio aquí para especificarlo y sólo apuntaremos algunas cuestiones que no podemos dejar atrás.

Las tesis basadas en los sistemas dinámicos atribuyen al cerebro un papel más modesto en nuestra cognición y subrayan el papel activo de la experiencia corporal y del entorno. Pensamos con los pies más de lo que suponía el cognitivismo simbólico y además nuestra mente-cerebro no es una máquina tan capaz de representaciones internas como se postulaba. Nuestra mente trabaja «en línea» con recursos del entorno más que con recursos propios. La mayoría de nuestras acciones no están internamente representadas y programadas. Nuestra mente se ancla en las estructuras externas a partir de programas iniciales muy simples e incompletos. Mucha gente sabrá cómo llegar a la Gran Vía de Madrid desde la Plaza Mayor, pero no tiene una representación interna de la ruta. Sabrá los primeros movimientos y después la mente se dedicará a utilizar cada acera y cada esquina como recurso computacional en línea para dirigir el movimiento. El entorno forma un conjunto dinámico con las representaciones internas y es parte funcional de la mente que trabaja. El contexto y situación de que estamos hablando tienen un papel mucho más activo en más niveles de los previstos. Lo que codifican las palabras, lo que tenemos interiorizado de ellas, es seguramente uno de esos programas iniciales incompletos a los que rápidamente nuestra mente en línea nutre con los recursos disponibles para que completen conceptos y proposiciones. Por eso son tan variables las palabras. Sperber y Wilson introdujeron una diferencia entre los significados conceptuales y los procedimentales. Estos últimos no introducen supuestos en el discurso sino que sólo codifican instrucciones para relacionar los supuestos introducidos

por otros signos y para formar contextos. Los marcadores discursivos y muchos elementos gramaticales se estudian en trabajos recientes como unidades procedimentales. Pues bien, según lo que estamos diciendo la diferencia entre estos dos tipos de signos seguramente es de grados. Todas las palabras anidan en nuestra memoria con un sentido incompleto y todas contienen instrucciones para tomar de la situación elementos para completar su sentido. Tomando ejemplos ya conocidos, el verbo *abrir* significa lo mismo cuando decimos a alguien que abra la lavadora y abre el compartimento de la ropa que cuando lo dice un mecánico a otro y lo que hace es quitar tornillos para acceder al motor. Cambian sólo los elementos situacionales disponibles para completar el programa inicial asociado con esa palabra. Por eso decíamos que el principio de composicionalidad de la semántica debe ser rebajado.

#### X. TEMA Y COHERENCIA

Estamos ya en un punto en que el discurso y enunciado parecen diluirse. Factores netamente discursivos se filtran hasta el significado de las palabras del diccionario y fenómenos típicamente gramaticales inciden en la cohesión más allá del enunciado. Lo primero que podemos decir del discurso es que es un tipo de unidad que puede ser muy amplia, pero que se percibe como unitaria, con coherencia entre sus partes, porque no es un agregado caótico de elementos, y que desarrolla un tema.

El tema discursivo se puede entender estirando un poco algunas afirmaciones hechas antes. La relevancia que atribuimos a los mensajes no es una característica que se pueda tener o no tener en términos absolutos. Lo que es relevante es relevante con respecto a algo. Lo que antes llamamos restricción contextual no es más que la indicación que hace el emisor sobre cuál es el supuesto o conjunto de supuestos con respecto al cual hay que considerar relevante lo que sigue. Básicamente eso es el tema: aquel supuesto o conjunto de supuestos con respecto al cual se busca la relevancia de un segmento tan pequeño como un enunciado o tan extenso como un capítulo o una novela. El establecimiento del tema es un momento importante, porque orienta la actividad deductiva de nuestra interpretación. Cuando no captamos el tema de un texto, no lo entendemos porque no somos capaces de procesarlo con relevancia. Los manuales de análisis

discursivo suelen hacer notar lo escurridizo que resulta decir cuál es exactamente el tema de un texto, porque fácilmente se nos pueden ocurrir varias frases distintas y todas ellas podrían ser buenas candidatas para haber expresado el tema. Se comprende esta dificultad si tenemos en cuenta tres características de los temas discursivos.

- a) El tema es a la vez constante e inestable. Distintos enunciados y pasajes son relevantes con respecto a esos supuestos que constituyen el tema. Pero la relevancia de cada enunciado con respecto al tema consiste precisamente en que interactúa con él y le afecta, por lo que el tema, sin perjuicio de su constancia, no está en el mismo punto a medida que avanza el discurso. Hay un proceso de desarrollo que forma una especie de caja china con el tema.
- b) Múltiples temas pueden establecer una relación inclusiva entre los segmentos que les son propios. Cada enunciado tiene su tema, que es el supuesto con respecto al que es relevante. Pero una serie de enunciados pueden ser en conjunto relevantes con respecto a un tema común. El segmento al que caracteriza ese tema común incluye a los enunciados caracterizados cada uno por su tema. Pero este segmento mayor puede a su vez ser parte de un segmento aún mayor caracterizado por un nuevo tema. Y así sucesivamente. Puedo escribir un enunciado cuyo tema sea la actividad de limpieza en la playa de Gijón. Pero con otros enunciados puedo formar un párrafo cuyo tema sea el alcance de la contaminación del *Prestige*. Ese párrafo se puede juntar con otros cuyo tema sea la actuación del Gobierno en esta crisis. El texto resultante puede ser un capítulo que junto con otros desarrolla el tema de la manera de responder el Gobierno antes situaciones críticas. De hecho, muchas veces la palabra *discurso* alude a un conjunto de textos, cada uno con su tema, que como conjunto desarrollan un tema común. Si ahora hablara del discurso de la izquierda sobre las empresas públicas, estaría hablando de un conjunto de declaraciones, artículos y comunicaciones sobre distintos temas que configuran conjuntamente el desarrollo que la izquierda hace del tema apuntado. Piénsese en el discurso de la Iglesia sobre la ingeniería genética y similares.
- c) Un tema no está nunca tan desarrollado como para que no haya ninguna inconcreción o ambigüedad temática. Hay un texto que comienza diciendo: «Aquí acaba el mar y empieza la tierra. Lluve sobre la ciudad pálida...» Si intentamos decir cuál es el tema, se nos pueden ocurrir muchos y dispares. Está tan prematuro el texto, son tantos sus desarrollos posibles, que cabe conjeturar muchos temas. Unas páginas más adelante podríamos precisar mejor el tema. Pero un discurso nunca está tan

desarrollado que profile con total exactitud un tema con exclusión de cualquier otro supuesto cercano. Por eso siempre nos parecerá que el tema es nervioso como una bolsa de supuestos.

Con la idea de tema basada sobre el bagaje anterior tenemos ya lo necesario para ver como lingüísticas manifestaciones comunicativas de cualquier extensión y tendremos una disciplina y una vía creada para ir ensanchando métodos y conceptos que den cuenta de las texturas que podemos ir encontrando. Los conocimientos sobre el enunciado irán quedando pequeños, pero habrán constituido ese bagaje que nos puso a salvo, como habíamos reclamado, de la proliferación incontrolada de hipótesis y de las conjeturas despistadas en que caemos cuando trabajamos sólo con las sombras platónicas.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Calsamiglia, H. y Tusón, A. 1999: *Las cosas del decir. Manual de análisis del discurso*, Barcelona, Ariel.
- Clark, A. 1999: *Estar ahí. Cerebro, cuerpo y mundo en la nueva ciencia cognitiva*, Barcelona, Paidós.
- Escandell, V. y Leonetti, M. (en prensa): «Semántica conceptual / semántica procedimental», en *Actas del V Congreso de Lingüística General*, León, Universidad de León.
- Resnick, M. 1994: «Learning about life», *Artificial Life* 1, págs. 229-242 (versión en internet: <http://lcs.www.media.mit.edu/groups/el/Papers/mres/ALife/ALife.html>).
- Sperber, D. y Wilson, D. 1994: *La relevancia. Comunicación y procesos cognitivos*, Madrid, Visor, 1994.
- Teso Martín, E. del 1998: *Contexto, situación e indeterminación*, Publicaciones del Departamento de Filología Española, Series Minor, Oviedo, Univ. de Oviedo.
- Thelen, E. y Smith, L. 1994: *A Dynamic System Approach to the Development of Cognition and Action*, Cambridge, Mass., MIT Press.
- Varela, F., Thompson, E. y Rosch, E. 1992: *De cuerpo presente. Las ciencias cognitivas y la experiencia humana*, Barcelona, Gedisa.
- Wilson, D. y Sperber, D. 1993: «Linguistic Form and Relevance», *Lingua* 90, págs. 1-25.
- Yules, G. y Brown, G. 1993: *Análisis del discurso*, Madrid, Visor.